

LIBROS

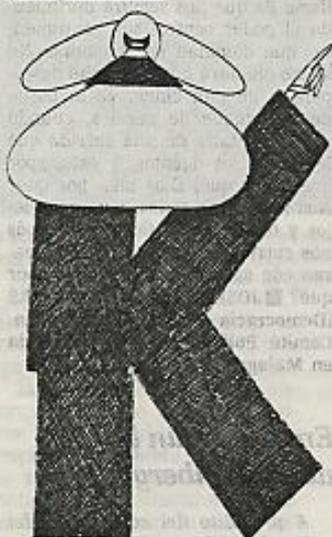
Filosofía marxista y revolución

El pensamiento marxista se ha presentado a sí mismo como un pensamiento "revolucionario" desde sus orígenes. En base al carácter de las fuerzas sociales en nombre de las que habla (el movimiento obrero y sus aliados), el marxismo pretendió ser, ante todo, una teoría revolucionaria del cambio social, un instrumento de análisis y discernimiento para la realización de la revolución proletaria. En un momento en el que la evolución histórica de los países socialistas parece romper, en buena medida, las expectativas suscitadas por la revolución del 17, y en un momento en que la posibilidad de la revolución en Europa adquiere una fisonomía radicalmente distinta, a menos que se aleje definitivamente, la problemática de la revolución encierra una inquietante actualidad, actualidad acentuada por tratarse de uno de los ejes centrales del discurso marxista.

Hay que saludar, por todo ello, la reciente aparición del libro de Luis Martín Santos *Teoría marxista de la revolución* (1). Cuando tanto se habla de "crisis del marxismo", y cuando desde posiciones diversas se intenta renovar el entramado de un discurso conservador y antimarxista a la altura de los tiempos, es importante abordar con rigor y profundidad la tarea de explicitar los ejes problemáticos del marxismo. Aunque es probable que los ataques actuales al marxismo traten de ser, precisamente, una especie de "pared" ideológica de contención ante el innegable avance político y social que el movimiento obrero experimenta en el Cono Sur de Europa.

La primera virtud del libro de Martín Santos es, pues, abordar sin vacilaciones esa tarea de reflexión crítica sobre los fundamentos del marxismo, de replanteamiento en profundidad de los grandes temas de la obra de Marx. Dicho debate sobre

"los fundamentos" se aborda desde una perspectiva filosófica y metodológica, tratando de reconstruir y explicitar los conceptos y problemas que hacen de la obra de Marx, en primer grado, una obra sobre la revolución. Este carácter eminentemente filosófico del libro da lugar a un tipo de discurso característico, que trata de asumir (ideológica y terminológicamente) aquellos logros históricos de la filosofía occidental (y en particular de la fenomenología) que al autor le parecen complementar el pensamiento filosófico marxista. Hay también una delimitación de toda una serie de conceptos: mediación, totalización, modelo, "yo epistémico", diairesis, variación, con la que se trata de ajustar y precisar el uso mismo de las palabras, del lenguaje empleado por los filósofos marxistas.



Marx, visto por Vázquez de Sola.

A veces, sin embargo, sorprende la utilización metafórica y alusiva que se introduce en un discurso casi siempre preciso: el modelo "es el mordiente que nos permite avanzar en el dominio de la realidad" (página 82), "la revolución es la forma más alta de la prudencia" (página 110). Aparece así el peligro de un cierto vértigo lingüístico, tan característico de la filosofía fenomenológica o del existencialismo, aunque por fortuna no se trata de un peligro consumado. Llama también la atención el intento de aplicación (a mi entender excesivamente mecánico) de la conocida teoría chomskyana de los tres modelos de explicación del lenguaje al estudio de la revolución. Lo problemático no es el uso de métodos extraídos de la lingüística en el estudio de la sociedad, sino que esos métodos se en-

cuentren suficientemente mediados en el análisis social y, sobre todo, que muestren su validez y su capacidad de acrecentar nuestro conocimiento.

Al situarse en una perspectiva filosófica, Martín Santos aborda el problema de la revolución a un nivel genérico, como categoría explicativa de una cierta modalidad del cambio social y como eje de una manera de pensar y de actuar del hombre. La teoría general de la revolución que surge así ante nosotros descansa en una toma de partido por la existencia y validez de una filosofía marxista autónoma. Las categorías filosóficas adquieren un alto grado de generalidad con respecto a la problemática del tiempo histórico, y en lugar de acudir a la determinación histórica de dichas categorías, se utilizan los datos históricos como ejemplos de un cuadro filosófico desarrollado según sus propias leyes.

Esto plantea el interrogante de hasta qué punto es válido elaborar una filosofía general del marxismo, de hasta qué punto es posible desarrollar una filosofía marxista más allá del contacto directo con el análisis sociohistórico o con la práctica política. Naturalmente, un trabajo de delimitación conceptual y metodológica es imprescindible si el marxismo desea mantener la vigencia crítica de su instrumental teórico. Pero dicha tarea, a mi entender, no puede nunca prescindir de los datos problemáticos que configuran el horizonte ideológico y social de un determinado tiempo histórico.

El libro de Martín Santos, tan incitante y apasionado, tan lleno de sugerencias, no afronta, sin embargo, el problema del análisis de los resultados de la revolución en los países socialistas, ni del intento de configurar unas vías revolucionarias alternativas ("eurocomunismo"). Ciertamente, Martín Santos es consciente de este problema, y por eso la suya parece una opción plenamente asumida ("usted ha empleado la Historia en construir modelos, más que modelos para profundizar en la Historia", pág. 194). Ahora bien, lo que ocurre es que probablemente esos aspectos del desarrollo histórico del marxismo modifican de manera profunda la teoría de la revolución. Y ello nos señala no sólo la imposibilidad de separar el pensamiento teórico de la acción social, sino lo problemático de una construcción filosófica marxista autónoma, que opere según el modelo tradicional de

la filosofía en Occidente, acabando así por congelar, por fijar —por encima del flujo histórico—, una serie de categorías antropológicas genéricas, no mediadas o determinadas históricamente.

A medio camino entre la crítica radical de los fundamentos y la reconstrucción a su pesar de un pensamiento filosófico tradicional dentro del marxismo, el libro de Martín Santos resulta, con su espíritu abierto y creativo, una importante aportación para la definitiva superación en nuestro país de ese marxismo de cita y de brevuario, que tan contrario resulta a las originarias premisas críticas planteadas por Marx y Engels el siglo pasado. ■ JOSE JIME-NEZ.

Ser cristiano

El profesor de teología dogmática y ecuménica de la Universidad de Tubinga, Hans Küng, es un hombre discutido dentro de la Iglesia. Los obispos alemanes le han presionado para que matizase sus ideas, demasiado abiertas y valientes para el gusto de la jerarquía. Y la Santa Sede —por boca de su renovado Santo Oficio, que no ha perdido del todo sus antiguas maneras inquisitoriales— ha pretendido parar su prolífica pluma en recientes ocasiones.

Sus trabajos sobre la Iglesia fueron hace años campo de batalla todavía moderada; pero saltó hace poco el seguro de esta moderación, cuando publicó su famosa obra sobre la infalibilidad. Y hoy le toca el turno a este extenso libro de 762 páginas (1), que está siendo un "best-seller" increíble en nuestro país, tan decaído religiosamente.

No les gusta a sus obispos que olvide demasiado, este pensador católico, "la riqueza inagotable de las declaraciones contenidas en la Sagrada Escritura y en las enseñanzas del magisterio". Piensan que esta información teológica que él realiza se debe dar más "integralmente", olvidando ser ya un lugar común entre los teólogos católicos que la reflexión cristiana, se llame o no católica, tradicionalmente se basó en una consideración filosófica crítica e independiente, que era aplicada a las enseñanzas de la Revelación, y que no puede ser nunca una sistematización obligada y besta de las profusas y varia-

(1) Hans Küng: "Ser cristiano". Ed. Cristiandad, Madrid, 1977.

bles enseñanzas que en veinte siglos ha dado el magisterio eclesiástico, proporcionadas en las más diversas condiciones y con características demasiado diferentes.

En particular se fijan los obispos en las sobrias expresiones de Küng sobre la divinidad de Cristo, preocupándose la extensa difusión del libro en Alemania, aunque se haya propagado mucho menos en otros países como Francia, donde los obispos galos consiguieron que no se tradujese. Pero Küng conoce muy bien la burocracia eclesiástica, y aplica la misma tenacidad y paciencia que tradicionalmente tiene aquélla, sin por eso estallar sus nervios. Y sabe aguardar dando largas al asunto, sin que —al final— pase nada. Ahora ha contestado a los obispos que espera la salida del nuevo libro que va a publicar, titulado "¿Existe Dios?", para juzgar sus superiores eclesiásticos con mayor conociemien-

to de causa. Con ello gana tiempo y se produce una concienciación mayor de los católicos de todo el mundo, que terminan por aceptar conscientemente las afirmaciones de ayer, que resultaban escandalosas y terminan por no parecerlo.

La obra, admirablemente traducida al castellano —cosa rara entre nosotros—, tiene una redacción clara e interesante, que ha de atraer a todo el mundo. Además, posee una calidad bibliográfica poco frecuente en libros católicos, ya que todas sus afirmaciones se basan en cuidadosos estudios de especialistas en cada una de las materias que trata el autor.

La primera parte del libro —que habla de Dios y de la secularización de nuestro mundo— provocará el rechazo de algunos lectores españoles progresistas, no tanto por sus conclusiones religiosas sinceramente avanzadas como por su crítica de los planteamientos marxistas.

Pasa en su segunda parte a tratar de la figura de Cristo intentando centrarla buscando que sea lo específico del Cristo real. Por todas las páginas de esta parte desfilan cuidadosas valoraciones —y críticas— de los milagros y la historicidad del personaje, deshaciendo, entre otras cosas, el equívoco de la ley natural, como argumento convincente que suele usar la Iglesia para imponer por otro camino sus conclusiones éticas a todos los que no son creyentes.

No se arredra en páginas sucesivas y salta por encima de las barreras mentales puestas por una cultura pasada, que equivocadamente quiso erigirse en dogma permanente de la religión cristiana.

La muerte y resurrección, la desmitologización, el origen de Jesús, la esencia de la Iglesia, las normas morales y lo específico del cristiano. Todo lo dicho en este valioso libro termina por

una frase muy del agrado también del inteligente teólogo Karl Rahner, S. J.: "Ser cristiano significa ser radicalmente hombre". Frase que será piedra de escándalo para muchos que no quieren comprender el profundo humanismo que posee el cristianismo.

Coloco esta obra —no por extensa menos apasionante de lectura— entre las muy pocas que hoy pueden interesar a un hombre que piensa, sea católico o no lo sea. Y opino que, a pesar de las apariencias, representa una "renovación" que no pierde, sin embargo, en el camino ninguno de los valores que el cristianismo aportó al mundo y a los hombres desde su nacimiento. Yo diría que representa el verdadero y profundo "aggiornamento" que quería el Papa Juan XXIII, y que el Concilio Vaticano II sólo comenzó a realizar, pero que nosotros los creyentes tenemos que prolongar, superando los límites de lo expuesto por esta asamblea universal del catolicismo. ■ E. MIRET MAGDALENA.

Peridis: Una iconografía de la transición

ADOLFO, el estilista; Santiago, el topo; Rodolfo, el prusiano; Areilza, el dtico; Felipe, el bezudo; Arias, "Carlitos"; Ruiz-Robles, los siameses vaticanos...; todos ellos han pasado a integrar, por obra y gracia de un palentino de nombre Peridis, lo que podríamos llamar una "iconografía de la transición". Hasta tal punto ha sabido captar nuestro dibujante la esencialidad de esos y otros muchos protagonistas cotidianos del nuevo espectáculo nacional —la política—, que cuesta decir muchas veces quiénes son más reales: si los personajes que aparecen diariamente en las tiras de "El País" —semanalmente en "Cuadernos"— o los individuos de carne y hueso a cuyo nombre responden. Como, por otra parte, tampoco sabríamos qué elogiar más en Peridis: su maestría en el trazo, digna del mejor Steinberg, o su capacidad, tantas veces reconocida, para la crítica política, que convierte sus historietas en auténticos editoriales con que nos desayunamos cada mañana.

Del mismo modo en que Forges ha sabido reflejar como nadie el enorme absurdo de la España del NO-DO y la pandereta, Peridis pasará, sin duda, a la historia del humor gráfico como

el más lúcido cronista de este parto de los montes al que asistimos, medio alucinados, desde hace quién sabe ya cuántos meses.

Pues bien, Peridis acaba de dar a la luz su primer libro, "Animalillos políticos", que reúne, junto a algunos inéditos, la mayoría de los dibujos publicados al hilo de la actualidad durante el "año de la transición", como reza el propio subtítulo (1). A lo largo de sus páginas, más de doscientas, aparecen y desaparecen los hombres públicos de la Moncloa y alrededores como actores de una pequeña comedia humana —aunque a veces no llegue a sainete—, con sus tics, sus vanidades, sus filias, sus fobias y sus discursos, que les escriben otros. Pero hay que decir también inmediatamente que el humanista que Peridis lleva dentro le hace sentir una gran ternura por todos sus personajes, incluso por los que más cruelmente satiriza. Sentimiento que el humorista nos contagia a través de sus dibujos. Y es que, disfrazado por Peridis de penitente o gritando "La página es mía", hasta Fraga parece otro hombre. ■ RABAGO.

(1) Editado por PRISA. Madrid, 1977.



Etica sin código (*)

Los libreros de Francfort han concedido este año el Premio de la Paz al filósofo polaco Leszek Kolakowski (1). Los Premios de la Paz suelen ser "armas" de doble filo que utiliza el que los concede para atacar a un adversario; son cómodas formas de agresión simbólica frente a grupos políticos, países o personas. Nosotros, por eso, no somos demasiado partidarios de los Premios que evocan, desgraciadamente, a aquel dios Jano, el de las dos caras, y, sin embargo, creemos que en este caso los libreros de Francfort, fueran cuales fueran sus intenciones al concedérselo, han acertado al atraer la atención de la crítica sobre la obra de uno de los últimos defensores de la ética en una sociedad en donde a pocos interesa la filosofía y en donde muchos se estremecen al oír hablar de moral.

(*) Nos permitimos utilizar el título de uno de los artículos de Kolakowski, incluido en "El racionalismo como ideología", porque es un resumen de todo su proyecto intelectual.

(1) Fue profesor de Filosofía en la Universidad de Varsovia hasta marzo de 1968, cuando se vio obligado a abandonar el país al ser expulsado de su cátedra por sus enfrentamientos con la política estalinista del Gobierno polaco. A partir de entonces enseñó en Estados Unidos e Inglaterra, donde actualmente reside. Su obra principal, no traducida aún al castellano, es "Cristianos sin Iglesia", un monumental estudio sobre las heresías medievales.